

CRÓNICAS

FUNDACIÓN DEL MONASTERIO BENEDICTINO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD EN LA DIÓCESIS DE CANARIAS

El día 4 de julio de 1976, será para siempre una fecha de grato recuerdo para el Monasterio Benedictino de la Santísima Trinidad en esta Diócesis.

A las 11 de la mañana, el sacerdote de esta Diócesis, D. Santiago Díaz Péñate, después de esperar 38 años para poder responder a la llamada de Dios que le invitaba a consagrarse a El en la vida monástica, acompañado de tres jóvenes: Francisco Peña Galván, José Antonio García y García y Claudio Martín Rodríguez, con la aprobación y bendición del Sr. Obispo de esta Diócesis, D. José Antonio Infante Florido, comenzamos a llevar vida en comunidad en un lugar pintoresco y apartado que nos había dado el mismo Sr. Obispo, muy propio para proporcionar a sus moradores la paz necesaria para alcanzar el desarrollo de la vida a la que nos proponíamos consagrarnos.

Es de justicia reconocer que desde que el Sr. Obispo tuvo noticia de lo que pretendíamos con la fundación, la acogió con mucho interés y cariño, animándonos mucho y constantemente pues decía que esperaba mucho de esto.

También es de justicia reconocer y expresar nuestro agradecimiento al Rvdmo P. Abad del Valle de los Caídos que, en unión con algunos monjes de dicho Monasterio, el P. Manuel Garrido, el P. Joaquín Montull, el P. Juan A. Pascual y anteriormente el P. Cosme, nos asesoraban y preparaban constantemente y continuaron haciéndolo en la primera etapa de la fundación. Muy significativas y alentadoras fueron para nosotros estas palabras que nos escribió el Rvdmo. P. Abad:

“Conviene siempre lanzarse incluso a alta mar; luego será Dios quien gobierne la navegación. En estos tiempos actuales en que todo se va en bellas palabras y hermosos proyectos, lo importante es echar a andar y no pararse en dudas y objeciones que por lo general nacen de nuestro temor y de nuestra imaginación”.

También tenemos que agradecer mucho al Rvdmo. P. Abad de Santo Domingo de Silos que, con su probada experiencia y amor a la Orden, nos daba prudentes consejos muy necesarios para tener en cuenta en la iniciación de esta empresa tan arriesgada.

Los comienzos son siempre muy duros. Empezábamos solos, sin experiencia monástica, aunque sintiéndonos apoyados y orientados a distancia por el Monasterio del Valle de los Caídos. Habíamos estudiado la manera de organizar nuestra vida. Nos hicimos nuestros horarios guiados por los del Valle de los Caídos y Santo Domingo de Silos. Poco después, partiendo de la realidad en que vivíamos, vimos la necesidad de hacer algunos reajustes del horario pues lo que habíamos copiado de los Monasterios que conocíamos no se podía ajustar a nuestra realidad.

La primera semana de nuestra vida de comunidad, la pasamos en Ejercicios Espirituales en los que nos dirigió el P. Juan Larrea, S. J. muy entusiasta de nuestra fundación y muy vinculado a esta Comunidad por unos lazos de amistad y afecto muy grandes.

Nuestra vida transcurría con toda normalidad: por la mañana nos dedicábamos al trabajo y por la tarde a la formación monástica y a las horas señaladas, el Oficio Divino, la *Lectio Divina* y la oración en privado.

El día 1° de agosto llegó un joven, Juan Carlos Catizone Estévez, que se sentía llamado a esta vida y quería incorporarse a nuestra Comunidad. Venía recomendado por un Sacerdote de una Parroquia de esta Diócesis. Sus disposiciones eran muy buenas y la Comunidad lo aceptó.

El día 13 de este mes de agosto, uno de los cuatro que comenzamos, José Antonio, decide marcharse. Quería ingresar en el Seminario donde tenía ilusión de entrar hacia tiempo. Decía que estaba convencido de que era lo que Dios le pedía.

El día 14. otro de los que empezamos, Claudio, se marcha también. Este no dio explicaciones ni se despidió. Fue una salida muy extraña que nos afectó en el momento por su manera de proceder, aunque ya se esperaba.

Nos quedamos entonces dos de los que comenzamos y el nuevo ingresado el 1° de agosto. A pesar de que sentimos estas dos bajas y no dejaron de afectarnos de momento, sin embarco no decayó en lo más mínimo el ánimo y entusiasmo para seguir adelante, pues a pesar de todos los contratiempos que pudiéramos sufrir, la voluntad de Dios de cara a esta fundación la veíamos clarísima.

El 23 de octubre se nos presenta una nueva vocación. Se trataba de un hombre ya mayor, de 50 años que trabajaba en hostelería y quería retirarse del mundo después de haberlo pensado bien. Su ilusión era vivir solo para Dios. Era cocinero de profesión. Le aconsejamos que viniera unos días para ver si era esto lo que buscaba y al mismo tiempo para nosotros ver si encajaba en la comunidad. Vino el día 25 y el 12 de noviembre se marchó. Como cocinero era muy bueno, pero su temperamento era tan violento que no podía convivir con él resto de la Comunidad.

El 13 de noviembre se marchó el joven que había ingresado en agosto. No esperábamos esta decisión hasta unos días anteriores a su marcha, pues se encontraba muy bien y su vida había sido totalmente normal. Se encontraba muy contento a pesar de la oposición familiar, causa de su marcha.

Con estas bajas nos encontramos solos dos de los que comenzamos, Francisco Peña y yo. Nuestra fe y confianza en que Dios no nos abandonaría eran muy grandes y decidimos seguir adelante.

El 16 de este mismo mes se reanudaron las obras de construcción del Monasterio que ya hacía mucho tiempo se habían interrumpido. Trabajaron hasta el mes de abril en que se nos acabó el presupuesto. Se dio un avance muy bueno a la obra, pero aún queda mucho por hacer.

De esta manera fuimos pasando los meses, hasta que en abril viene una nueva vocación, Sergio Ojeda Falcón, joven de 19 años. En junio ingresa uno nuevo, Carmelo Pedro Santana Hernández, de la misma edad. Con estos dos elementos la Comunidad empezaba a otear nuevos horizontes.

Desde que comenzamos a vivir en Comunidad, o sea desde el 4 de julio de 1976, todos los meses, el día 4, escribía al Rvdm. P. Abad Primado informándole de la marcha de la Comunidad y comunicándole todas las novedades que había habido. El Rvdm. P. Abad Primado, por una medida prudencial muy lógica, no nos contestó hasta el mes de diciembre. Comprendemos que, partiendo de nuestra manera tan original de comenzar, procediera con cautela y estuviera a la expectativa a. ver en qué paraba esto. La carta que en diciembre nos escribió nos animó mucho pues nos dirigía frases de aliento. Manifestó su interés por seguir

recibiendo información nuestra y se nos ofrecía para lo que necesitáramos de él. También nos decía que había estado hablando con el Rvdmo. P. Abad de Montserrat largamente sobre nosotros y nuestra situación. Que mostró mucho interés por nosotros y su deseo de apoyarnos en todo.

Cuando recibí esta carta escribí al P. Abad de Montserrat enviándole fotocopia de la misma y le manifestaba que el apoyo que nosotros queríamos era que nos mandara algunos monjes para que nos orientaran y ayudaran en nuestra formación monástica. Me contestó muy atento que debido a las fundaciones que recientemente habían tenido no disponía de personal para desprenderse de ellos en esos momentos. No me desanimé por esto y deseando buscar toda posibilidad de lograr algo, le escribí de nuevo y le decía que si le parecía oportuno podía desplazarme unos días a su Monasterio para informarle personalmente de toda nuestra vida y contestar a cuantas preguntas considerara oportuno hacerme. Le pareció aceptable esta proposición y la primera semana de Pasión del año 1977. la pasé en Montserrat. Extraordinaria fue la acogida que me hizo el Rvdmo. P. Abad y cuantos monjes tuve que tratar: el entonces P. Prior Mauro Boix y el P. Maestro de Novicios, Cebriá Pifarré. Vi que fue providencial esta visita pues desde entonces el interés y preocupación de Montserrat por nosotros ha sido muy grande y su ayuda de valor incalculable. Informé detalladamente al P. Abad de todo y me dijo algo que me consoló mucho: “esto merece la pena atenderlo y no podemos abandonarlo”. Le escribió al Rvdmo. P. Abad Primado y el resultado de todo esto fue la visita que a petición del Rvdmo. P. Abad nos hizo el P. Prior de S. Anselmo, el P. Dominic Milroy que venía a informarse personalmente conviviendo con nosotros durante unos días viendo así la vida que llevábamos. Esto fue del 2 al 7 de julio de 1977. Según sus palabras, la impresión que sacó fue muy buena y así informó a Montserrat.

Desde este momento la preocupación de Montserrat por nosotros ha sido muy grande y todo lo que hemos logrado ha sido gracias a las orientaciones que nos han dado.

Nos visitó el P. Maestro de Novicios del 7 al 14 de noviembre para preparamos para la fundación de la Pía Unión Benedictina e imposición del hábito que se realizó el 13 de noviembre, quedando la Comunidad dependiendo directamente del Rvdmo. P. Abad Primado con facultad para delegar en algún monje de uno de los Monasterios de España para completar nuestra formación monástica. De esto se ha hecho cargo el Monasterio de Montserrat.

Ya formamos la Comunidad 7 miembros. Un profeso perpetuo, dos novicios y los demás postulantes y hay 3 jóvenes que posiblemente entrarán muy pronto.

Motivos tenemos para agradecer a Dios la ayuda que nos ha prestado en todo momento y a las Comunidades que tan directamente se han preocupado por nosotros.